

EL SEÑOR PERDURABO

Alberto Chimal

(tomado de la antología MANDA FUEGO; México, FOEM, 2013)

a Marcelo Uribe

Escribo esto tendido boca abajo. Es una posición muy incómoda. La hace peor el hecho de que, para evitar que el dolor se agudice, tampoco estoy exactamente en decúbito ventral; además de que me apoyo en los codos, para poder usar las manos y alcanzar el teclado de la portátil, necesito inclinar un poco el torso de manera que mi costado izquierdo no toque, o toque apenas, la superficie del sofá cama.

Si el costado toca la superficie con demasiada fuerza, más dolor. Si me muevo bruscamente, más dolor. Si intento levantarme, más dolor.

El párrafo anterior es un tricolon: este tipo de bagatelas intangibles, de vanidades inútiles, son las únicas que me quedan por el momento. Y debo continuar así. Raquel, mi esposa, duerme en el cuarto, a una puerta de distancia, y no deseo despertarla. Otra vanidad inútil: soy un tipo difícil a ratos pero no a sabiendas, y trato de no ser malévolo aunque sea inútil y hasta perjudicial.¹

¹ Muchas veces antes de estos días he hecho el número del escritor: algo me ha despertado en la madrugada, me he levantado de la cama, me he venido a este cuarto contigo o me he ido al comedor; luego he encendido la portátil y he comenzado a escribir en la penumbra, alumbrado sólo por la pantalla. A veces lo escrito es sólo estática, el ruido de la conciencia que no puede dormir; a veces no lo es. Raquel ya se ha acostumbrado a estas ausencias inocentes, que por lo demás tienen el fin de no despertarla.

Si esta actitud es aprendida (y según las ideas actuales debe serlo), no lo fue a mediados de los años setenta: no lo fue cuando yo era niño y mi mamá María del Carmen sacaba, del cajón de la cocina, la pala de madera.

Mi mamá Gema, quien se encargaba de cocinar y mantener la casa, hacía con esa pala la mezcla de los *hot cakes* y otros platos. Pero el utensilio existía, sobre todo, como amenaza. Se le invocaba con frecuencia para mantenernos en nuestro sitio, y la mención surtía efecto porque a veces sucedía: a veces alguna de las mamás tomaba en efecto la pala, en efecto sacaba al patio de la casa a alguno de nosotros y en efecto nos daba una paliza.

A mí siempre me golpeaba María de Carmen: me tomaba de la muñeca izquierda, para que no escapara, pero yo intentaba huir de todas formas y terminaba girando alrededor de ella mientras ella me golpeaba: un carrusel de un solo caballo con gritos y reproches en vez de música.

No debo haber aprendido la bondad entonces porque recuerdo las ofensas que ocasionaban los golpes, y eran triviales: desobediencias, descuidos. Ninguna provocó verdaderos daños: jamás causé la ruina ni mucho menos la muerte.² Y en descargo de María del Carmen, debo decir que tenía reglas claras y que las cumplía: las mismas causas producían los mismos efectos. Pero tal vez (pienso ahora) los castigos tenían lugar por algo más im-

Para mí son de las pocas cosas que todavía me recuerdan sueños de otras épocas, cuando creía que los esfuerzos y las frustraciones acabarían y quedarían justificados.

² Una vez perdí un billete de cien pesos (y cien pesos de los setenta, que eran mucho dinero); otra vez derribé a mi hermano Jorge, niño de brazos, y lo hice caer en el pasto del jardín; dejé que un montón de comida se pudriera en una mochila, que luego reapareció repleta de gusanos; dije por primera vez todas las malas palabras; azoté una puerta de vidrio y metal con tal fuerza que rompí una de las hojas de cristal; descubrí un par de revistas pornográficas de alguno de mis tíos; descubrí a mi primera mujer desnuda en una revista *Geo* (imitación, por supuesto, de la *National Geographic*): una joven del pueblo nuba de Sudán, desenvuelta, oscura, afeitada, a la que guardé durante años.

portante que mis actos; tal vez ella sólo deseaba mantener su poder sobre mí. Lo tenía sobre todos en la casa, porque siempre fue la más fuerte, pero yo era su blanco: su objeto especial.

Todo esto lo entendí después, mucho después. Yo crecí sin saber que era un ser extraño: que no es habitual tener dos madres sustitutas, un padre-madre y una familia apretada y movediza.

Paso ya de los 40 años si se cuentan los meses de mi concepción. De un viaje, hace cosa de un mes, regresé con fiebre y con muchos dolores. La fiebre ha continuado, yendo y viniendo, y los dolores han disminuido pero –para hacerse fuertes– se han reunido y se han convertido en uno solo: el de la región lumbar, un poco a la izquierda, donde está mi riñón. La doctora solicitó análisis y dijo que las infecciones de las vías urinarias altas son para tomarse en serio.

Me sentí un poco abochornado en la consulta y me siento un poco abochornado ahora, pero en este momento no es por las palabras “vías urinarias”³ sino por esto: ya entiendo la famosa rebelión del cuerpo. Ya sé cómo serán los años por venir, cuando estos desperfectos se vuelvan más y más frecuentes. Ya sé también, por esta muestra pequeñísima, cuánto pueden lograr la prolongación del dolor y la debilidad.

Y ésta es la primera noche en una semana, por lo menos, que no paso en perfecto decúbito ventral: como en ésta, en

³ Con sus implicaciones de suciedad y contagios cuestionables: ¿cómo llegó una infección hasta *allí*?

todas las otras, la fiebre y el dolor me han despertado y me he tenido que quedar así, boca abajo, los brazos paralelos al torso, como para ser utilizado en una práctica de disección, abandonado a las imágenes y las palabras negras.

Más vanidad: conozco el término decúbito ventral desde los ocho años.

Las tres mamás, por supuesto, eran hermanas: las Chimal,⁴ que vivían juntas en la misma casa de tres habitaciones en Toluca, la capital del Estado de México, la del corredor industrial y los clanes de políticos. Las tres vivían con Adrián, el hermano de ellas, y con sus padres: Adrián primero, herrero venido de Temascalcingo,⁵ e Isabel, su esposa. Ésta era una matriarca todavía más formidable que María del Carmen –me dicen– pero ya declinaba. Murió en 1977, de cáncer. Todos estábamos juntos en esa misma casa, tan cerca del estadio de la Bombonera que no es necesario encender la televisión para enterarse de cómo

⁴ La historia –que desde luego carece de cualquier sustento documental– sostiene que el apellido provendría de *chimalli* –escudo, en náhuatl– y se remontaría hasta el mismísimo rey Chimalpopoca, tercer *huey tlatoani* de los mexicas. Una parte del nombre ancestral se habría borrado milagrosamente, por supuesto.

⁵ Un pueblo del norte del estado, cruzado por un río de agua contaminada y con un Cristo sufriente de lo más milagroso. Allí nació, en el siglo XIX, el pintor José María Velasco, el de los paisajes inmensos, y allí está la raíz de la familia Chimal, en una pulquería de la calle Hermanos Velasco, propiedad de la familia de mi abuelo y adosada a la casa en la que él creció con sus propios hermanos. De niño, yo acompañé muchas veces a uno de ellos, el tío Felipe, a raspar los magueyes de su plantío para sacarles el aguamiel con el que se hace el pulque. Y muchas veces salí con Wenceslao, el más querido de todos los tíos –casi de mi edad, que luego fue músico, y luego se mató a sabiendas o por accidente por una muchacha, como héroe romántico–, a comprar el pan que salía al amanecer de un horno de piedra.

van los partidos. Mi hermano Jorge Adrián nació en 1973, mi hermana Moncerrat dos años más tarde, y ha habido muchos otros: tíos y primos en visitas prolongadas. En la casa han llegado a dormir hasta once personas, aprovechando literas, camas dobles o matrimoniales y algunas veces los sillones de la sala. Los cuartos se asignan y se traspasan según va haciendo falta: según llegan y se van las personas y las generaciones.⁶

En mi infancia y mi adolescencia no pensaba en la soledad, pero éste fue el primer aprendizaje que hice sin ayuda: el rasgo central del carácter de los Chimal era –sigue siendo– la dejadez, y ésta se manifestaba en que las puertas de los dormitorios de la casa no tenían cerraduras: cuando mucho, se atoraban con un mueble o un trozo de cartón entre el marco y la hoja, y así podían ser abiertas en cualquier momento. Entrar o salir a deshoras implicaba siempre el riesgo de despertar a alguien; cuando –tarde– comencé a rebelarme, y volvía de madrugada a la casa, María del Carmen me esperaba sentada en la sala, con una luz encendida y la disposición de hacer que todo el mundo escuchara lo que quería decirme.

El abuelo Adrián mantuvo, hasta pocos años antes de su muerte, una costumbre que él y su esposa⁷ tenían incluso cuando sus hijos eran pequeños: el paseo familiar nocturno, diario, obligado, todos en el coche, o tantos como fuera posible, durante una media hora, a vuelta de rueda por el centro de la ciudad. Para ver las luces: las farolas, los aparadores y el anuncio de Corona en donde hoy está el Museo de la Cerveza. Mis primeros

⁶ A mediados de los ochenta, una conocida de la familia habló de “promiscuidad” y nunca se le volvió a tener el mismo afecto.

⁷ Mamá Chabelita, con mayúsculas: sus palabras eran truenos antes de que yo naciera, según me dicen, y ella fue quien formuló la idea de que la familia debía permanecer unida *siempre*.

recuerdos del exterior más allá de la casa están siempre salpicados de voces de otros y reflejos sobre cristal.

Sólo había un modo de estar solo: nadie más que yo leía los libros guardados en la casa, puestos en los estantes y dejados allí, o amontonados sobre los muebles o debajo de ellos.⁸ Mis comentarios sobre lo que leía nunca interesaban; mis búsquedas en esas páginas, tampoco. Y en 1978, entre muchos otros hallazgos, di con un tratado de disección bajo una de las camas en el cuarto de mi tío Adrián,⁹ quien es médico como lo fue María del Carmen. Nadie me acompañó a ver las ilustraciones de los cuerpos hendidos, de los diferentes órganos, músculos y nervios y de los métodos para sondear en los cadáveres, pero a todos les hizo mucha gracia que me aprendiera las descripciones y los términos. Para mí –pero eso, como las otras impresiones profundas, no se podía decir– eran conjuros: *el cadáver en decúbito ventral; el miembro superior en abducción; hágase una incisión del tercer al segundo espacio intercostal...*

No tengo sueño ahora. Es una suerte: el dolor nunca es peor que cuando no deja dormir. Entonces vienen los malos viajes, como

⁸ Sobre todo debajo. Ir a buscarlos era ya una especie de aventura: vencer el miedo de meter la mano en espacios oscuros –alguna araña llegó a aparecérseme– y luego tantear, encontrar un borde flexible o un lomo duro, tirar y sacar el objeto a la luz.

⁹ Mi tío Adrián acudió al festival de rock de Avándaro: fue de la última generación criada en el espíritu de los años sesenta, y por cierto tiempo fue el rebelde de la familia Chimal; luego se asentó en una vida más sosegada y más remota de los otros, parcialmente en la casa y parcialmente con una novia que le ha durado décadas. Es la persona más intrigante que conozco; nunca he terminado de saber qué piensa. (Nota de 2013: mi tío Adrián murió en 2012. Siguió siendo un hombre impenetrable hasta el final, pero supe que me quería, probablemente, como ninguna otra persona de la casa. Al menos pude darle las gracias.)

se decía en otro tiempo: las imágenes que son mitad sueños y mitad fantasías masoquistas. El malestar en la cabeza, que no se va nunca, me ayuda a perderme en esas visiones con la impotencia de quien sueña pero con un ánimo activo, despierto, que puede ver más claramente los detalles y extraer de ellos las conclusiones más espantosas. Todo era mucho peor en los días de la fiebre, que me duró unas dos semanas y subía hasta los cuarenta grados y bajaba sólo tras horas y horas y horas, pero en esos días no podía pensar.

Ahora puedo hasta escribir de las imágenes, y de mi vergüenza: en estas horas que hacen pensar en pruebas y límites, todo lo que se me aparece –todas las destrucciones y los desastres– tiene que ver estrictamente conmigo¹⁰ y no con el mundo ni con la humanidad.

La muerte, la podredumbre del cuerpo y el hundimiento de la conciencia son lo más homogéneo: todos se basan en el mismo cuento de Aleister Crowley. “El testamento de Magdalen Blair” cuenta la historia de una mujer con tal poder telepático

¹⁰ Lo que me queda de cristiano es cierta idea difusa, probablemente ingenua o necia, de la caridad. La familia Chimal es católica indiferente, conservadora pero no fundamentalista ni militante; yo comencé a adquirir otra ideología leyendo a Rius, el historietista: *Marx para principiantes* y *La trukulenta historia del capitalismo* llegaron a casa por la tía Elsa, quien nunca vivió con nosotros pero por unos años nos visitó con mucha frecuencia, y yo, por supuesto, había aprendido rápidamente la indignación y el disgusto. En cuanto a la fe, no sólo estuvieron las obras de ciencia y de literatura fantástica. Un amigo de la primaria, Israel –el segundo mejor después de Noé, quien ahora es cantante de ópera–, me invitó una vez a un culto “carismático” en el anexo de una iglesia. Los dos teníamos 11 años y yo ignoraba por completo qué era semejante culto: cuando la gente, agotada después de tanto cantar y aplaudir, empezó a caer al piso y “hablar en lenguas”, me asusté como nunca antes. Luego Israel cayó también a mis pies; luego una muchacha a pocos metros de nosotros empezó a retorcerse en espasmos muy violentos y a gritar. Tres o cuatro hombres la levantaron mientras ella se retorció y la metieron en el cuarto de junto, donde sus gritos tardaron mucho en cesar. Cuando volvió a salir, con la ropa y la cabeza mojadas, temblando, supe sin duda: supe que tras el éxtasis y el trance no había ningún dios.

que puede mantener el contacto con su marido incluso después de que éste ha fallecido y, por lo tanto, puede “ver” cómo es realmente la muerte: cómo no hay más allá, no hay cielo ni infierno ni dios, y la conciencia se extingue poco a poco en el cerebro que se descompone, prisionera del cuerpo al que ya no rige. La extinción definitiva viene acompañada de alucinaciones espantosas: la impresión de una tortura eterna acompañada de aullidos, y tanto el dolor como el sonido llenan un espacio que se vuelve más grande que el universo entero.

Muchas personas dicen temer más al dolor que a la muerte. En este caso, lo que debo pensar es que mi peor temor es más bien a lo inevitable del fin, y a la posibilidad de que sea, a fin de cuentas, el infierno para todos: algún texto que leí hace tiempo insiste en el humor negro del cuento de Crowley, pero para mí, desde la primera vez que lo leí hace varios años, es una representación insuperable de la crueldad divina o –incluso mejor– de su reverso: la malevolencia de un mundo sin sentido, que es estrictamente producto del azar y de la percepción humana, engañada por su necesidad de encontrar patrones y propósitos.

En cuanto a las otras imágenes: las que se refieren a la ruina durante la vida, son más variadas, pero tienen que ver sobre todo con libros y escritura. Es natural: hay un librero junto al sofá cama, otro delante y otro detrás, todos repletos; además, me dedico a *esto*, y además desde hace mucho tiempo tengo claro que, al contrario de otros colegas más afortunados, para mí todo descansa en *esto*.

En realidad (pienso, mientras escribo y trato de no moverme, y de vez en cuando mis dedos se tropiezan en el teclado porque no tengo luces encendidas), los momentos oscuros vienen de mucho antes de las fiebres de ahora y tienen que ver siempre con lo mismo: con la misma tarea luminosa y la misma tarea horrible.

De las tres hermanas, María del Carmen era quien tenía el derecho de castigar con la pala porque era –el término siempre me ha parecido rarísimo– mi madre biológica. Mi padre, de quien ella no se separó porque no se casaron ni vivieron juntos, es un médico que vive en otra ciudad; los dos se conocieron, creo, mientras hacían su residencia en el Distrito Federal. Por años y años, esto fue lo único que supe, pues el patrón de nuestro conocimiento –el mío y el de mis hermanos– fue siempre igual. Primero tuvimos que aprender que yo no era hermano de ellos (pues Jorge y Monce son hijos de Gema) aunque nos criáramos como tales; luego, que el abuelo Adrián no era nuestro papá aunque todos lo llamáramos así y que Adrián segundo, a quien todos llamábamos Tito, tampoco; y por último, que nuestros padres no habían hecho más que engendrarnos y hasta allí se podía hablar del asunto. No se mencionaban ni sus nombres. No tuvimos que aprender el silencio porque crecimos con él entre las tareas de la escuela, las salidas a la tienda y el mercado, la televisión por las tardes, las canciones de Sandro de América y Rocío Dúrcal.¹¹ Así como los asuntos urgentes se aplazaban hasta que dejaran de molestar o nos acostumbráramos a la molestia, así ciertas cosas no se preguntaban: hacerlo hubiera sido traicionar una confianza profunda, someter a la otra persona a una prueba injusta; mejor no decir nada y mantenerlo todo tranquilo, fijo en las necesidades y los deberes del momento.

Por esto tardé mucho en saber, por ejemplo, la leyenda de mi propia concepción, según la cual mi madre fue con su mejor

¹¹ Los paseos familiares por la noche terminaron a principios de los ochenta; para entonces, sin embargo, el Chevrolet amplísimo, que fue el último coche del abuelo, tenía tocantitas y el viaje por la ciudad tenía como fondo, entre otras, las canciones de *10 éxitos comprobados*, una antología de entonces: José María Napoleón, Verónica Castro, Álvaro Dávila (¿alguien se acuerda de Álvaro Dávila?)...

amiga en el hospital, le dijo que estaba embarazada y, cuando la amiga se negó a hacerle un legrado, ella dijo que no, que cómo, que por supuesto que lo iba a tener. Ella siempre te quiso, me dijeron.

Y también por eso tardé en saber la otra leyenda: que a pocos meses de mi nacimiento, mi abuela paterna llegó a pedir que me entregaran a mi padre para que él me criara, y hubo una escena de melodrama con tirones, amenazas, expulsiones amargas y, por fin, la profecía de la abuela, quien ya con un pie en el coche que la sacaría para siempre de mi vida se dio vuelta, me dijeron, y aseguró que mi madre jamás podría hacer de mí una persona de provecho. No lo va a criar bien, dijo; le va a salir torcido. O así me dijeron. Por eso, me dijeron también, tu mamá es como es: porque quiere demostrarles que sí va a poder.

Lo primero que yo supe de todo esto fue el rigor: la necesidad de esforzarme constantemente y de hacerlo todo bien. Siempre ser justo y bondadoso y poner la otra mejilla; siempre obedecer; siempre sacar la mejor calificación en la escuela. Esto en especial era lo que más le importaba a mi madre cuando estaba en casa:¹² la pala era el castigo de las faltas menores, pero las calificaciones eran la medida del éxito futuro y la prueba de que (además) María del Carmen no había engendrado a un tonto.¹³ Yo tenía la capacidad para hacerlo todo bien y cualquier otro resultado era indigno.

Y yo tenía, es cierto, alguna capacidad: sacaba dieces, resolvía los problemas de los libros de matemáticas, recordaba

¹² El hospital estaba en la ciudad de México; María del Carmen pasó casi 30 años viajando de Toluca a México de lunes a viernes para mantener su trabajo y seguir viviendo con el resto de la familia.

¹³ Otra evidencia era un dibujo que yo había hecho para una prueba en el jardín de niños, y que en la parte de atrás tenía escrita con pluma (supongo que habrá sido realmente escrita por quien aplicó la prueba) la palabra SUPERDOTADO.

las fechas y los nombres. Todavía recuerdo muchos. Pero tenía prohibido cualquier orgullo y cualquier sensación de logro. Esto tuvo consecuencias: jamás me alegraron los fallos de los otros, pero me aterraban las posibles deficiencias que yo pudiera tener a pesar de todo;¹⁴ la fe no me falta, cuando la necesito de veras, pero hasta hoy una sola cosa que me salga mal pesa mucho más –en mi conciencia desprevenida– que muchas que salgan bien.

Cuando María del Carmen se enfurecía de veras, declaraba que no iba a verme llegar con una batea de babas; tardé años en saber qué significaba la palabra batea y terminar de figurarme la imagen repugnante. Y sólo acabé de comprender hasta 1981. Yo hice la primaria en una escuela pública, la “Justo Sierra”, que entonces ocupaba una cuadra completa¹⁵ y en la que mi mamá Meche era maestra de sexto año. En esta escuela se acostumbraba entregar diplomas y boletas de calificación en una ceremonia anual. Cuando pasé de cuarto a quinto de primaria, en mi boleta final de calificaciones aparecieron, en vez de los dieces uniformes de otros años, dos nueves y dos ochos.

Se me ha borrado ahora la cara de rabia (¿de odio?, ¿podría decir que de odio?, ¿pensé eso en aquel momento?) de María del Carmen, pero en cambio recuerdo el frío en el bajo vientre,

¹⁴ Las noticias de esas deficiencias abundaban (me parecía) en artículos y programas de televisión. Recuerdo un resumen de la revista *Selecciones* donde se consolaba a los padres de niños con bajas calificaciones afirmando que quienes eran más aplicados en la escuela primaria terminaban por fracasar en la vida. También recuerdo los festivales de la canción infantil, rancios, profundamente conservadores, pero en los que el concursante más humilde, más claramente destinado a fracasar, me parecía inmensamente superior a mí y a cualquiera.

¹⁵ En la parte de atrás de la cuadra, colindante con un patio ruinoso en el que todo el año había grandes charcos de agua y limo verde, había un cine de la antigua Compañía Operadora de Teatros. Estuvo cerrado mucho tiempo; a mí me gustaba asomarme, por la única ventana que daba al patio, a ver el *foyer* abandonado, con los contenedores de palomitas de maíz aún llenos y varios carteles de películas tirados en el piso, inalcanzables. Recuerdo el de *Canoa* con su San Miguel, fiero, a punto de decapitar a un muchacho y no a un demonio.

la sensación de calambre en los brazos y las piernas cuando yo mismo vi los números por primera vez y que no desapareció cuando fui a decirle, cuando me miró como lo hizo, cuando empezó a decirme todo aquello en lo que estaba fracasando y las lágrimas me brotaron heladas...

Meche pudo corregir el error antes de que la ceremonia terminara y cambiar la boleta ofensiva por otra con los dieces correctos. Trece años después, cuando María del Carmen estaba a punto de morir, sostuve mi última conversación larga con ella, le hice algún reclamo, mencioné a Meche y ella me respondió que Meche siempre había sido blanda y complaciente:¹⁶ por ejemplo, dijo, aquella vez que falsificó la boleta para que yo no viera lo que te habías sacado. Para taparte. Entonces me aguanté, no dije nada para no hacerla más grande, pero a mí no me engañan.

No se me olvida su cara (¿de alegría?, ¿podría decir que de alegría?). Ahora escribo que murió con esa idea sobre mí: con esta idea de una victoria sobre mí, y están volviendo a dolerme los brazos y las piernas. Pero creo que me duelen por la enfermedad de hoy, o por mi propia rabia.

¹⁶ La leyenda de Meche, quien siempre fue la más frágil, la más quejumbrosa y dulce de las tres hermanas: al contrario de María del Carmen, quien sí se dedicó a lo que deseaba, y de Gema, que fue desde el comienzo y sin rechistar, el ama de casa, Meche habría renunciado a lo que le importaba: de joven le habrían ofrecido una beca para estudiar danza y la habría rechazado para no dejar su casa. No se casó ni tuvo hijos pero fue maestra durante décadas y constantemente recibía visitas y llamadas de antiguos alumnos. Pasó sus últimos años enferma y con un pie roto y murió por un derrame cerebral en 2000.

Y esto que escribo es apenas la tarea terrible: cuando se es niño tampoco se percibe, pero yo sigo cargando ese yugo: sigo con una capataz mirándome por encima del hombro, confiada en mi talento pero con los dientes apretados, deseosa de verme fracasar para echarme en cara, una vez más, mi... ¿qué?

Me duelen las manos, por la mala posición en la que se encuentran. Me detengo un momento pero no me muevo para evitar los otros dolores. Luego continúo.

Así de miserable como aquellas palabras de nuestra plática, así yo ahora. Aquí va: lo que más me enorgullece de mis aprendizajes lo hice solo, sin guía, cuando nadie estaba mirando: buscaba libros bajo los muebles porque había aprendido a leer por mi cuenta desde los cuatro años, y ese placer y ese deseo –sin reglamentos, sin resultados que esperar– no me dejaron nunca.

Otra suerte: había muchos libros en la casa de Toluca, algunos llegados por azar, otros comprados deliberadamente y otros más, tal vez la mayoría, adquiridos como símbolo de estatus más que para leerlos. Durante los años que viví en esa casa yo los leí todos, en las horas después de la escuela y las tareas, cuando no estaba viendo la televisión, y si no estaban seleccionados de ningún modo –si no eran un canon o un plan de lecturas–, de todas formas el único criterio que apliqué fue uno de conveniencia: empecé por los libros más ligeros y más cercanos al suelo, y sólo a medida que fui creciendo tomé los más pesados y los que se hallaban en estanterías más altas. Por eso llegué primero al tratado de disecciones y sólo después –mucho después– a *Terra nostra* de Fuentes, del que había un ejemplar grueso y pesado de la primera edición en pasta dura. Del mismo modo, llegué antes a Irving Wallace que a Shakespeare y antes a Shakespeare que a Martín Luis Guzmán; primero a una edición barata de *Bajo la rueda* de Hermann Hesse que a otra de cuentos

de Disney, que me habían leído en voz alta muchas veces pero se guardaba muy arriba; primero a una colección de ciencia ficción que María del Carmen tenía arrumbada bajo su tocador que a una de libros de historia de Time-Life. Pero a todos llegué, con el tiempo.

De inmediato, la parte amarga del pensamiento se pregunta qué tan más lejos hubiera podido llegar semejante avidez con algo de orientación y apoyo. Pero esa opción no existió nunca. Nadie en la familia me impidió leer, pero tampoco vio en mi afición nada muy remoto del papel que ya me había sido asignado.¹⁷ Y además, como ya he dicho, estaba la tele: de niño vi tanta como cualquiera en mis circunstancias, aprendí los nombres y las canciones, seguí las peripecias; me volví devoto, como el resto. Pertenezco a las últimas generaciones que pasaron su infancia entera como rehenes de Televisa, que entonces parecía un brazo del Estado mexicano y no al revés: como todos, veía lo que había porque no había más que ver.¹⁸ Como ahora, entonces tampoco se pensaba siquiera en la alternativa de apagar el aparato, y apagarlo hubiera provocado problemas serios. Un niño que crece amenazado y sobreprotegido, forzado al esfuerzo, y encima no muy desenvuelto ni agraciado, necesita algún tema de conversación con quienes lo rodean para no convertirse del todo –al menos, desde su punto de vista– en un fenómeno, con su libro para todas partes como un escudo...

¹⁷ Otra de mis “gracias” infantiles, para familiares y amistades de los adultos, era recitar las potencias de dos, que calculaba mentalmente. Nunca tenía que llegar más allá de la décima (1024) para provocar los elogios esperados. Va a ser científico, decía la gente. Sí, seguro que va a ser ingeniero.

¹⁸ En los noventa no me destacué, como otros amigos que miraban acercarse los 30 años, en las proverbiales conversaciones y competencias sobre detalles triviales (personajes de caricaturas, títulos de canciones) que estaban de moda. Por otro lado, todavía recuerdo a Nadia Comaneci y sus ejercicios de gimnasia –con los que obtuvo las primeras calificaciones perfectas en los juegos olímpicos de Montreal en 1976– y sé que me parecieron bellos antes de conocer siquiera la idea de la belleza, de esa belleza.

(Por otra parte, aprendí a leer gracias a la televisión. Lo hice viendo muchos episodios del programa *Plaza Sésamo*, que ha resucitado en muchas ocasiones desde entonces; las implicaciones políticas o sociológicas de esta afirmación no le hubieran importado nada al niño que fui y ahora tampoco me importan demasiado.)¹⁹

Escribo de memoria. Conservo algunos de los libros de entonces, y uno o dos de ellos deben estar por aquí, cerca, mientras escribo. Pero no puedo levantarme a verlos ni a verificar ningún detalle. Y aunque pudiera, Raquel sigue dormida. Mejor esperar un poco más ante la luz mínima de la pantalla. De todas formas, es imposible saber si la fiebre está remitiendo –no parece– y este cuarto no tiene ventanas. Es muy probable que el tiempo esté pasando con más velocidad que la que percibo y, por ejemplo, ya esté cerca el amanecer.

Raquel se merece su descanso. Tiene sus propias historias de un descubrimiento temprano, gozoso, del acto de leer. No entendemos las casas donde no hay sino una revista para leerse en el baño, y menos aún el pudor con el que algunas personas ocultan o ridiculizan lo que leen para que no las crean menos. Pero también tiene una fuerza de la que yo carezco:

¹⁹ Eso sí, puedo ofrecer un breve comentario sociológico sobre la compra de libros: en los años setenta, aún había vendedores especializados en ellos –no marchantes de usado, no multiusos– que iban a las oficinas a vender novedades. Y no vendían (o no exclusivamente) las colecciones de supermercado ni mucho menos los lomos huecos que se compran ahora, por color o por metro, como accesorios decorativos. El valor de los libros era mucho más alto, por lo menos, en cierta clase media con aspiraciones, que en unos años se ilusionaría con el espejismo del petróleo mexicano y luego perdería mucho, o todo, en los 30 años de crisis posteriores. María del Carmen compró la colección de ciencia ficción a la que ya me referí por un vendedor que fue hasta la clínica en la que trabajaba. Le dejó los primeros once tomos y luego ella decidió no leerlos y los dejó donde los dejó.

Con el tiempo, ya fuera de la casa de Toluca y de la propia ciudad, averigüé cuál era la especialidad de mi padre. Fue una tarea difícil porque implicó hacer preguntas en voz baja a amistades de la familia que, quizá, no entendían siquiera mi temor. Cuando la averigüé, Raquel encontró datos de mi padre en internet en menos de 10 minutos y pude ver su cara por primera vez. Nos parecemos. También encontró el teléfono de su consultorio y yo lo llamé. No sabía por qué lo llamaba, dijo, después de tanto tiempo; preguntó por María del Carmen y le dije que había muerto. Antes yo le había dicho: Le hablo nada más para saber de usted. No quiero pedirle nada ni meterlo en ningún problema. Su voz no se escuchaba como la mía ni como la de mi madre. Yo supuse que tendría su propia familia, sus propios hijos casi de mi edad,²⁰ pero no le pregunté. En cambio le pedí verlo, brevemente: viajaría hasta su ciudad y no necesitaba más de una hora de su tiempo.

Él me dijo: ¿Me puedes hablar después? Tengo consulta. Le dije que sí. Convinimos otro día y otra hora para comunicarnos. Cuando volví a llamarlo me dijeron que no estaba. Cuando llamé por tercera vez me dijeron lo mismo. No hubo una cuarta vez porque comprendí.

Cuando le conté lo sucedido, terminé diciéndole a Raquel algo que no repetiré. No es necesario. Ya para ese momento habíamos hablado y dicho que ninguno de los dos deseaba tener hijos, pero tras la tercera llamada al consultorio me sentí más seguro. Veo más claras (incluso ahora veo más claras) mis razones: que nadie más tenga esta cara o parte de esta cara; que nadie más tenga esta historia o parte de esta historia; que nadie más aprenda ni una parte de este método preciso de existir, de

²⁰ O de mi edad, o mayores: ah, los silencios.

enfrentar el mundo. La carga no es intolerable pero no pasársela a alguien más será un acto de amabilidad.²¹

Tenemos un gato, Primo: es grande, gordo y mimoso. Tiene sus rutinas y sus juegos, tiene su plato de comida y su fuente de agua y sus juguetes. Está castrado, así que tampoco se reproducirá; esto me entristece en ocasiones pero es, lo sé, una alternativa práctica y recomendable para personas que viven en ciudades grandes y habitáculos pequeños.

¿Dónde está Primo? No lo sé exactamente, pero probablemente estará tendido, durmiendo, en la cama, a los pies de Raquel. De todos modos, tarde o temprano vendrá a mordermelos talones o a echarse sobre mí. Dolores y cargas así son las que no destruyen.

Y sigo sin escribir de la tarea luminosa. Es la parte más difícil de lo que intento decir. Hela aquí:

²¹ El tiempo ayudará, probablemente, a esta extinción. La casa de los Chimal dejará de serlo en una generación porque el apellido paterno de Jorge y de Monce es Ruiz, ambos tienen hijas y ambos, hasta donde sé, quieren romper con el patrón de conducta que nos heredaron nuestras madres. Aun a falta de mejores razones, la sociedad patriarcal, paternalista de nuestro pobre país no puede acomodar ya a grupos como éste. No digo más porque amo, de verdad, a quienes viven aún y están en esta historia.

A principios del siglo XXI, pero años antes de hablar con mi padre por primera vez, salí furioso de ver *El coronel no tiene quien le escriba*, de Arturo Ripstein, a causa de la escena en que Daniel Giménez Cacho presume que, al contrario de Fernando Luján, puede hacer mucho más (avanzar más, subir más alto en el mundo, influir más en otros) porque sí tiene padre. Me tardé mucho en comprender mi propio enojo; en aceptar que *no era sólo, ni principalmente*, por no haber tenido un valedor que me ayudara a sortear los tiempos malos, aunque fuera por obligación de la sangre, y haber crecido, en cambio, librado a un caos que vi tarde, que no pude controlar y del que no he huido sino en parte, de una ciudad y de una vida a otras.

Empecé a escribir muy pronto, pero por mucho tiempo lo hice sin saber realmente por qué. Era por el placer, desde luego, antes que por ninguna otra cosa, pero las causas del placer me eran desconocidas. La idea –la conciencia– tardó en aparecer y en perfeccionarse en mí, como siempre me sucede: desde el principio, lo que yo leía fue un depósito de sueños.

No hay nada sentimental en esta palabra porque no me refiero a las evocaciones de amores, triunfos y lujos que –se supone– deben ser toda la vida interior de un adulto normal. Al contrario, me refiero a todo lo que no desapareció después de la infancia: el vértigo de las fiebres de entonces, que cuando estaba en cama me hacían enfocar la mirada en puntos tan cercanos y tan infinitamente pequeños que mi cuerpo y todo lo que me rodeaba crecían hasta ocupar decenas o cientos de veces más espacio; las pesadillas, que se repetían en largos ciclos; lo que se sentía muy adentro o se vislumbraba en los lugares más inusitados.²²

²² Tampoco me refiero sólo a los cambios del cuerpo, al descubrimiento de la sensualidad, que por supuesto también careció de guías: el sólo contemplar muchos otros momentos de la vida, concentrarse en ellos, ocasionaba impresiones extrañas, cadenas de imágenes que surgían sin control y que no me dejaban. Podía caminar de noche sin dificultades pero, llegando a casa, tenía que correr por la vereda que cruzaba el jardín porque me parecía que un monstruo podía caer sobre mí en cualquier momento; en las navidades me quedaba largo tiempo tendido en un sillón, cuando todos se habían ido ya a dormir, mirando las luces reflejadas en un adorno colgado del árbol de navidad, buscando no sé qué; más tarde me quedé muchas horas oyendo a las criaturas que aullaban en el fondo de las piezas instrumentales, interminables, de Pink Floyd...

Yo podría haber llamado “momentos Kubrick” a estos alcances: cuando vi *2001: Odisea del espacio* por primera vez, en 1984, ya había visto muchas películas de ciencia ficción y había leído también la *novelización* de Arthur C. Clarke, tan pródiga en explicaciones y datos precisos. Pero la película no se dejaba reducir a esas explicaciones ni a esos “precedentes”: no implicaba una lucha del bien contra el mal, no tenía una estructura convencional –que por supuesto yo hubiera percibido sin dificultades– y sobre todo *no estaba anclada en las palabras*. El viaje astral de su protagonista está visualmente agotado tras 40 años de imitaciones, pero eso no importa: precisamente su pelea con el lenguaje

Puede que esto se haya debido a que mis lecturas iniciales fueron –muchas veces– muy extrañas, ajenas a mi escasa experiencia cercana como el libro de disecciones o como la colección de ciencia ficción, donde había promotores del orden y la razón como Isaac Asimov pero también estaban Philip K. Dick, Ray Bradbury y otros menores, aunque no menos inquietantes: Fritz Leiber, James Blish, Daniel Walther... También puede ser, desde luego, que yo haya sido más sensible desde el principio a eso, a esos bordes del lenguaje, para mi mal.²³

Lo inexpresable daba impulso a lo que trataba de decir, lo que tardó tanto tiempo en comenzar a aparecer. Fuera a mano o a máquina, fuera con ideas claras o con sólo las aspiraciones más vagas, entre la escuela primaria y la preparatoria empecé muchos centenares de páginas que trataban de condensar de algún modo la vastedad de esas sensaciones y no pudieron lograrlo.²⁴ Pero ésa era la tarea luminosa: ser escritor era pelear así, no con otros por el poder o la fama sino con eso. Puede bastar, tal vez, decir que hacer esa tarea era mejor que hacer la otra:

era mi pelea; su contacto con lo inefable, con lo que no puede decirse, era el que yo había intentado durante años...

²³ Por eso no habría querido –como hubiera sido mucho más sensato y ventajoso más adelante– hacerlos a un lado al escribir y buscar hacer literatura que “reflejara la realidad”, que se limitara a lo que “puede ser” y contuviera los delirios y los excesos de la imaginación.

Por otra parte, también pudo haber habido, desde muy pronto, cierta conciencia de la *dignidad* de la imaginación. En la secundaria, una profesora de español nos hizo leer “El guardagujas”, de Juan José Arreola, como un texto socialmente comprometido, una denuncia del mal estado de los Ferrocarriles Nacionales de México. En el instante en que lo dijo pensé: Ésta es idiota...

²⁴ Una vergüenza más: no sé si sería escritor de no haber aparecido las computadoras personales. Nunca aprendí a sostener bien el lápiz, por lo que me canso pronto al intentar escribir en una libreta y mi letra es errática y fea; peor aún, mis dedos se atoraban entre las teclas de las máquinas de escribir mecánicas, y muchos comienzos de historias se quedaron detenidos a causa de esos accidentes, entre maldiciones –las que conocía entonces– y palabras que se disgregaban en la hoja, perdidas entre letras pulsadas sin querer.

que saltar los obstáculos y seguir la línea recta, absurda, que era la vida que había sido creada para mí.

La voz negra de la enfermedad me dice, ahora, mientras sigo pronó²⁵ y a oscuras y en el sofá cama, que buscar *eso* siempre fue un error y que se agrega a todos los otros errores. El horror de la cabeza aturdida, como rellena de tela ardiente o de agua estancada y negra, no es sólo la muerte, sino el fracaso.

Dice la voz: *¿De qué ha servido todo?*

Las aspiraciones de triunfo de mi madre no llegaban más allá de que yo estudiara una carrera de provecho. Una carrera científica o, mejor, técnica,²⁶ en la que fuera fácil conseguir un trabajo bien remunerado. Lo hice, no me fue nada mal durante los estudios y nunca la ejercí de veras; en cuanto me fue posible, me fui de casa y de la ciudad a subsistir con algo de dinero ahorrado y, luego, como pude.

Dice la voz: *¿Y para qué?*

²⁵ Una cadena de ideas fugaces de la fiebre: *prono* ≈ *porno*; estoy también en la posición de alguien que será atacado por detrás, indefenso; este texto es el testimonio de cómo todo me ha llevado hasta aquí, hasta esta indignidad y esta nada.

²⁶ Por unos años, mientras estaba en secundaria, hubo una fantasía vaga cuyo argumento me ponía estudiando algo importante en el MIT (Massachusetts Institute of Technology), del que yo sabía por un libro. Comprendo por qué nunca di ni el primer paso en esa dirección. Ustedes, nos decían a los tres hermanos las tres madres, tienen que quedarse juntos siempre.

Y más tarde, cuando empecé a terminar algunos textos y a mostrárselos (por ser figura de autoridad) a María del Carmen, ella conducía la conversación lejos de lo escrito –invariablemente le parecían “bien”, de todas formas– y hacía la necesidad de recordar que todo aquello era un pasatiempo, para cuando tuviese tiempo libre o ya me hubiese hecho un patrimonio. Como me gustaba la ciencia ficción, dijo, ¿por qué no estudiaba computación? Estaba de moda y, mejor, era “la carrera del futuro”.

Para escribir. Para estudiar, trabajar en talleres, organizar un taller propio cuando llegaron los tiempos malos. Escribir cuentos y cuentos y cuentos. Escribir muchas otras cosas, por encargo, para mantenerme en la escritura y no volver a la casa de la familia. Leer. Publicar. Permanecer encerrado, escribiendo, leyendo, mientras los amigos se iban a divertir y a conocer gente: la timidez tampoco me dejó.

Dice la voz: *¿Y qué sentido tuvo?*

No puedo responder mientras estoy casi en decúbito ventral, intentando mantener el equilibrio, escribiendo, escribiendo. No puedo ver los detalles del currículum, las listas de títulos, lo que todavía proyecto y en otras circunstancias me justifica o por lo menos me distrae. Al menos ahora no soy capaz de pensar en la felicidad o en lo hecho de veras. El riñón empieza a doler con más fuerza. La voz es familiar aunque ahora suena potente como nunca antes. La fiebre no cede. Es la voz del capataz o el dictador, del que administra las culpas y reparte las penas. La espalda, más arriba, duele también. Diría que es la voz de María del Carmen, pero ella está muerta y bien muerta desde 1994: no la necesito. Pulsan los codos y pulsan las rodillas. Es su herencia pero es mi propia voz, que se entrenó durante tantos años para continuar el trabajo. Si me muevo dolerá todavía más. Es la voz que intenta oscurecer los momentos de soledad. Sigue sin haber luz.

La voz que insiste en recordarme, de entre lo que se ha escrito sobre lo que yo he escrito, solamente la reseña anómala que me acusa de irrelevante, de homófobo, de fascista, de falto de contacto con la realidad.²⁷ La voz que me recuerda que el

²⁷ Nota de 2013: ya hay otra reseña, me cuentan, con más inquina y malicia que la mencionada aquí. Pero tal vez he aprendido: no la leeré.

cuento es impopular y los temas que me importan son impopulares. La voz que me recuerda que estoy a punto de cumplir 40 años, la edad en que se alcanza el techo de la vida, y no he hecho nada, no he logrado nada, nada ha servido de nada. La juventud, dice, desperdiciada en una ciudad de provincia, donde se puede ser todo lo precoz que se desee sin que nadie lo note. Lejos de donde se hacen las relaciones sociales, los amarres que sirven más que el talento y la dedicación para ascender en el mundo. Practicando con las palabras para crear historias y no para compensar las desventajas heredadas: el origen provinciano, la fealdad de la cara, la falta de agresividad y de arrogancia...

Mientras usted lee estas palabras, por supuesto, yo sigo vivo. Y mientras las enseñanzas de la infancia permanecen y se perfeccionan, también es posible recordar:

María del Carmen sospechaba que tenía cáncer, como su madre, desde mucho antes, pero se había negado a atenderse. Para 1993, cuando por fin se hizo extraer la matriz, era tarde: al año siguiente empezó la metástasis.

A Aleister Crowley, el autor de mis visiones de la muerte, se le conoce sobre todo como ocultista y líder de iglesias esotéricas.

En cuanto a mí, llegué tarde a la rebelión adolescente: me dediqué a pelear con María del Carmen desde los 18 hasta los 23, cuando se vio que la quimioterapia no conseguía detener el mal. Llegaba tarde y ella me esperaba en la sala; yo seguía sin ejercer la carrera que había estudiado, y que para mí –me daba cuenta entonces– había sido un rodeo, una pausa inútil y ridícula; ella

estaba cada vez más afilada y amarga. El resto de la familia no comentaba nada acerca de los gritos.

Crowley eligió su seudónimo (su nombre original era Edgar Alexander Crowley) por razones numerológicas, pero usó también otros nombres.

Yo no tenía la conciencia de que intentaba escapar. Tampoco tenía la conciencia de que no podía escapar y no podría nunca: cada reproche y cada palabra hiriente era como las de nuestra última conversación, pero yo me quedaba para escucharlas; quería contradecirla, negarla, porque estaba atado a ella, atado a la casa y la obediencia.²⁸

Uno de los otros nombres de Aleister Crowley fue *Frater Perdurabo*.

En 1994, mientras María del Carmen se debilitaba, las discusiones se volvieron tan fuertes que decidí encontrar, siquiera, un sucedáneo de fuga: comencé a llegar más lejos en mis salidas, y en especial en las que hacía solo. Tomaba un autobús para otra ciudad, pasaba el día allí y regresaba. Un par de veces tardé incluso más de un día. Nadie supo exactamente por dónde anduve. El 13 de julio fui cerca, sólo a México, y caminé durante un par de horas por el Paseo de la Reforma, arriba y abajo. Di vuelta en una calle al azar y encontré un cine donde pasaban, como estreno, *Perros de reserva* de Quentin Tarantino. Sin saber nada

²⁸ En la Nochebuena de 1992 quedé de verme con Ana, mi novia de entonces; ella tenía la idea de que viajáramos toda la noche en autobús para pasear por Guadalajara el día de Navidad. No me atreví a pedir permiso en la casa, ni simplemente avisar de mi partida, sino hasta pocas horas antes de que fuera necesario salir. La discusión se prolongó hasta el día siguiente; no fui a Guadalajara; cuando por fin hablé conmigo, Ana dijo varias cosas injustas pero varias que no lo eran y me hizo saber que no deseaba volver a verme. (Luego me perdonó; luego la relación duró algunos años más y se agrió por otras razones; luego, en efecto, no volvimos a vernos.)

de la película entré, la vi,²⁹ me olvidé de todo mientras la veía. Cuando volví a la casa me acosté de inmediato, y unas pocas horas después me despertaron porque María del Carmen estaba muriendo. No fue una muerte dulce: ella sufrió hasta el último momento, cuando le faltó el aire, y lo último que percibió –creo; deseo– fue el griterío de quienes estábamos allí.

Me duele todo el cuerpo y, definitivamente, la fiebre aumenta. Sigue sin amanecer. Cuando Raquel despierte, sin duda, se preocupará, sacará hielo del refrigerador y llamaremos al doctor nuevamente.

Enterramos a María del Carmen y, poco después, desobedecí una orden en el trabajo infecto que tenía y fui despedido.³⁰ Entonces comencé a hacer mis planes. En enero de 1995 dejé la casa y la ciudad; me mudé a México y pude sobrevivir por un año con una parte del fondo de retiro de mi madre; el resto fue para la casa, que sigue allá, pero me alegró al fin quedarme sin nada –iluso, ignorante– cuando sucedió. En ese lapso me había acostumbrado a estar solo de verdad, a no tener televisión, a salir y dar largos paseos por una ciudad que no me conocía; además, los sueños se volvían más y más precisos en la escritura, más alocados y extraños.

El gato Primo llega, sube al sofá cama, olisquea mi talón. Perdurabo significa “persistiré”, que es mejor divisa que muchas otras.

²⁹ Aprecié mucho el papel de Tim Roth como policía encubierto que de pronto pasa de un nivel de ficción a otro en un plano bello y totalmente innecesario. Era muy sensible, desde luego, a semejantes transgresiones.

³⁰ Se me había invitado a un seminario para escritores jóvenes coordinado por el poeta David Huerta, que se atravesaba con una semana entera de trabajo. Pedí permiso de ir y se me negó; fui de todos modos. Ya terminan estas páginas y no he dicho nada sobre esos otros aprendizajes: sobre los maestros cercanos (David, por encima de todos; Roberto Fernández Iglesias, José Antonio Alcaraz, Aline Pettersson) y los distantes (Borges, Arreola, Mario Levrero, John Gardner, Milorad Pavić, Alan Moore, Poe, Kubrick y Švankmajer). Al menos los menciono aquí.

Por una sola vez, diré una crueldad: la herencia verdadera de mi familia, la voz destructora, es intangible, pero el mayor de todos sus regalos –el último que me dio mi madre– lo es también.

[2010]